

ECOS ADOLESCENTES



**I.E.S. FRANCISCO
GINER DE LOS RÍOS**



**Ayuntamiento de
ALCOBENDAS**

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	3
RECUERDOS DE REPÚBLICA DOMINICANA	6
ELÍAS, EL NIÑO AVENTURERO QUE PREGUNTÓ A LAS ESTRELLAS	8
EL SUSURRO DEL BOSQUE.....	12
EL VAQUERO CIBORG EN EL APOCALIPSIS	15
EL BRILLO DE LAS ESTRELLAS	21
EL DESTINO.....	26
EL ECO DEL VIENTO.....	28
EL ECO DE LA CASA ABANDONADA.....	33
LA IRA DEL BOSQUE	38
LA PELÍCULA	41
LA VENTANA DE LA CASA EN LA COLINA	46
LA PREGUNTA.....	49
EL ECO DE LO QUE SEREMOS.....	53
UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD.....	58
SOMBRAS DE AMOR EN SAN PETERSBURGO	60
ANTÍDOTO Y VENENO	66
LAS PALOMAS QUE SUELO MIRAR	68

NOSTALGIA	73
EL MEJOR DÍA.....	75
EL SUSURRO EN LA OSCURIDAD.....	78
LAURA Y EL MAR.....	81
EL ELEGIDO.....	83
LA ESTATUA DE LOS SECRETOS	86

PRÓLOGO

Por Silvia Eva Agosto Riera

Ecós adolescentes surge de una iniciativa del Ayuntamiento de Alcobendas a través de la Concejalía de Cultura y el programa de Animación de las Mediatecas. El proyecto tiene el objetivo de que los estudiantes conozcan todos los pasos para la creación literaria, la ilustración y la autoedición de un libro.

Para ello, entre diciembre de 2024 y enero de 2025, los alumnos de la asignatura «Proyecto en creación audiovisual y plástica» de 4º ESO del Instituto Francisco Giner de los Ríos recibieron tres talleres formativos dictados por la escritora Pepa Hidalgo (Escritura creativa y Autoedición) y la ilustradora Violeta Cano (Ilustración). A partir de estos talleres, los alumnos inventaron un personaje, recrearon una historia, pensaron imágenes y elaboraron figuras para dotar de palabras y dibujos a sus creaciones. Finalmente, aprendieron cómo usar herramientas digitales para construir un libro, autoeditarlo y, posteriormente, difundirlo en la Feria del Libro

del municipio. Así, los alumnos recorrieron todas las etapas que se inician en la creación y finalizan con la publicación de una obra. Este proceso creativo permitió a los jóvenes partir de una idea inicial y plasmarla en un proyecto colectivo al que también me sumé, como una alumna más, con todo el grupo que tenía a cargo de la asignatura.

Estas páginas son un reflejo de la importancia de dar la voz a los jóvenes y brindar canales de difusión para sus ideas, sueños e intereses. Para llevar a cabo esta tarea, no podemos trabajar en forma aislada, por el contrario, ha sido la colaboración y la acción conjunta entre la escuela y el municipio la que ha hecho posible este proyecto. *Ecos adolescentes* es un ejemplo de la necesidad de la implicación institucional y comunitaria en educación y de los frutos que se obtienen gracias al compromiso entre ayuntamiento, instituciones educativas y familias. Para alcanzar un verdadero impacto en materia educativa, el municipio debe colaborar en el desarrollo de planes, programas y proyectos colectivos de aprendizaje, con el trabajo integrado de todos los actores. En este caso, el Ayuntamiento de Alcobendas, el instituto y las formadoras han

logrado plasmar este proyecto literario que, esperamos, sea del agrado de todos los lectores.

En este libro, las reflexiones se mezclan con los relatos y el humor con la tragedia. Cuentos realistas, fantásticos, distópicos, terroríficos, humorísticos y nostálgicos se suceden en este repertorio de historias con un denominador común: la voluntad de expresar preocupaciones e inquietudes a través de la ficción.

Los invitamos a recorrer estos «ecos adolescentes» tan diversos con la mirada jovial y el espíritu entusiasta con que se han escrito. En las páginas vibran las emociones y los desvelos que pueblan la adolescencia y conforman esta etapa fundamental de la vida de los seres humanos.

RECUERDOS DE REPÚBLICA DOMINICANA

Ryan Fernández Díaz

Cuando escucho música, ya sea salsa o bachata, siento que estoy en mi país, República Dominicana, en la playa, tumbado con mi cervecita y bajo el sol caluroso. Pienso en lo feliz que era jugando al beisbol con mi hermanastro o pasando las horas en la arena, tranquilo.

Añoro las calles de Santo Domingo, siempre repletas de gente y con alguna canción que invita a bailar, no importa la edad que tengas, y echo de menos las peleas de gallos con mi tío, que me solía ganar la mayor parte de las veces.

Este año, tal vez, iré a República, durante dos meses. Posteriormente viajaré a Estados Unidos con uno de mis hermanastros. Tendré que aprender inglés y, tal vez, trabajar. Me gustaría pasar un tiempo en USA y ahorrar dinero para enviárselo a mi madre y a mi abuela y, al cabo de unos años, regresar a mi playa, a mi cervecita y a mi bachata.

Nací en Alcobendas, en el Hospital de la Virgen de la Paz. Viví toda mi vida en España y solo fui a República Dominicana una vez en mi vida. Sin embargo, siempre tengo nostalgia del Caribe: buena gente, buenos sitios, buena comida. Animo a todos a visitarlo, a aprender a bailar y a disfrutar. Todas las personas que conozco y que han viajado a sus playas coinciden en que es un paraíso en la Tierra.

ELÍAS, EL NIÑO AVENTURERO QUE PREGUNTÓ A LAS ESTRELLAS

Noelia Herrero

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de montañas, un niño llamado Elías que siempre había tenido una curiosidad insaciable por el cielo. Pasaba horas observando las estrellas, preguntándose qué habría más allá de las nubes. Los adultos del pueblo le decían que los cielos eran misteriosos y que no había nada más que ignorancia en ellos. Pero Elías no creía eso. Él estaba seguro de que había algo más, algo que estaba esperando a ser descubierto.

Una noche, mientras todos en el pueblo dormían, Elías subió a la colina más alta llevando consigo una vieja linterna, un cuaderno y un lápiz. Se tumbó sobre la hierba y

miró al cielo buscando algo que nunca antes hubiera visto. De repente, una estrella fugaz cruzó el firmamento con tal brillantez que iluminó toda la colina. Elías, asombrado, vio cómo la estrella se desviaba hacia abajo, desintegrándose antes de tocar el suelo y dejando solo una pequeña piedra brillante en su lugar.

Intrigado, Elías se acercó a la piedra y la levantó con cautela. Era cálida al tacto y emitía una luz tenue, como si tuviera vida propia. Con la piedra en la mano, sintió una extraña sensación de conexión, como si las estrellas mismas estuvieran hablando con él. Decidió llevarla al pueblo cuando saliera el sol.

A la mañana siguiente, Elías fue al mercado, donde todos se reunían para intercambiar productos y hablar de sus vidas. Mostró la piedra a los aldeanos, pero todos miraron con escepticismo. «Es solo una roca», dijo uno. «No te hagas ilusiones», agregó otro. Pero Elías sabía que no era solo una roca. Era un misterio que tenía que resolver.

Esa noche, Elías regresó a la colina y colocó la piedra sobre la hierba. En ese momento, la piedra comenzó a brillar más intensamente, hasta que, de repente, se abrió como una flor, revelando un mapa antiguo y misterioso grabado en su interior. El mapa mostraba una ruta que se extendía más allá de las montañas hacia un lugar que parecía imposible de alcanzar.

Elías comprendió que el cielo le había entregado una pista, una llamada a la aventura. Y, aunque no sabía qué encontraría al final del camino, su curiosidad lo impulsó a seguir adelante. Al amanecer, empacó algunas provisiones y, con el mapa en la mano, comenzó su viaje hacia lo desconocido.

A lo largo de su travesía, Elías enfrentó desafíos, pero también descubrió lugares y seres asombrosos: bosques luminosos, ríos que cantaban y criaturas sabias que le ofrecieron consejos y conocimientos. Cada día, Elías se sentía más cerca del misterio que había comenzado a desentrañar.

Finalmente, tras muchos días de viaje, llegó a un valle escondido entre las montañas. En el centro del valle encontró una antigua torre de cristal con un cielo estrellado reflejado en sus paredes. Allí, dentro de la torre, Elías descubrió una biblioteca olvidada repleta de libros que hablaban de las estrellas, de mundos lejanos y secretos del universo.

Elías entendió que su viaje no había sido solo físico, sino también interior. Había encontrado respuestas a sus preguntas, pero también nuevas preguntas por descubrir. El cielo ya no era solo un misterio, sino un infinito de posibilidades.

Y así, Elías se convirtió en el guardián de esos secretos, transmitiendo su sabiduría a aquellos que, como él, buscaban más allá de lo visible. Y, aunque muchos nunca lo entendieron, aquellos que miraban las estrellas con la misma curiosidad que él sabían que había algo más allá esperando a ser descubierto.

EL SUSURRO DEL BOSQUE

Lucciano Aragol

En un pequeño pueblo escondido entre montañas había un árbol antiguo llamado El Susurro. Este árbol no solo era enorme y frondoso, sino que también poseía la habilidad de hablar. Sin embargo, solo unos pocos elegidos podían oír su voz y aquellos que lo hacían eran considerados los guardianes de los secretos del bosque.

Un día, una niña llamada Lira, conocida por su curiosidad insaciable, decidió aventurarse más allá de su hogar. Mientras exploraba, se topó con El Susurro. Al acercarse, sintió una brisa suave que le acariciaba el rostro. Fue entonces cuando escuchó una voz suave como el murmullo del viento.

«Lira», dijo el árbol. «He estado esperando tu llegada. El bosque está en peligro y necesita tu ayuda».

Lira, sin dudarle, preguntó cómo podía ayudar. El Susurro le reveló que un grupo de criaturas osadas, los Sombras, había comenzado a robar la luz del sol, amenazando con sumergir al bosque en la oscuridad. Sin la luz, las plantas y animales morirían.

Decidida a salvar su hogar, Lira se embarcó en una misión para encontrar la fuente de las Sombras. A lo largo de su viaje conoció a amigos inesperados: un zorro astuto llamado Zefiro, una lechuza sabia llamada Alia y una ardilla valiente llamada Brisa. Juntos, enfrentaron desafíos y descubrieron que el corazón de las Sombras era un antiguo cristal que había sido corrompido por el miedo.

Con la ayuda de sus amigos, Lira ideó un plan. Se acercaron al cristal y, en lugar de combatir, decidieron hablar con las Sombras. Lira les contó historias de esperanza y luz, recordándoles el brillo que una vez habían tenido. Poco a poco, las Sombras comenzaron a transformarse, liberando la luz que habían robado.

Al final, el bosque volvió a florecer y El Susurro celebró el valor y la compasión de Lira y sus amigos. Desde ese día, el árbol se convirtió en un símbolo de unidad y esperanza y Lira,

ahora convertida en una guardiana del bosque, continuó cuidando de la naturaleza y sus secretos, recordando siempre que la luz más poderosa es la que llevamos dentro.

EL VAQUERO CIBORG EN EL APOCALIPSIS

Miguel Ángel Tabares Villa

Era un desierto interminable, donde el sol abrasaba la tierra y las sombras se volvían escasas, el que recorría un hombre solitario cuya figura destacaba por ser mitad humana y mitad máquina. Se le conocía como el Vaquero Ciborg. La humanidad había caído, el mundo se había desmoronado y las ciudades se habían convertido en ruinas olvidadas. Los pocos que quedaban vivían en comunidades dispersas luchando por sobrevivir en un mundo donde las máquinas y la naturaleza ya no sabían qué papel jugaban.

El Vaquero, cuyo nombre real había caído en el olvido, caminaba con paso firme; sus botas metálicas resonaban en la tierra agrietada. Su brazo derecho era una compleja estructura de metal y circuitos, construido para funcionar como un arma letal y un salvavidas en medio

de las adversidades. Los engranajes y cables que sobresalían de su espalda se conectaban a una energía que nunca dejaba de fluir, una fuerza que lo mantenía en marcha aun cuando la humanidad ya no parecía tener esperanza.

La historia del Vaquero comenzó mucho antes de que el mundo colapsara. Había sido un hombre común, un cowboy del viejo oeste, conocido por su destreza con el revólver y su capacidad para rastrear a cualquier criatura en la vasta llanura. Pero, tras la guerra que destruyó casi todo, los sobrevivientes que aún querían luchar por el control de la tierra lo encontraron moribundo. Lo reconstruyeron y lo hicieron uno de ellos, un experimento cibernético, un cazador imparable.

Con su mirada fría y calculadora, el Vaquero se encontraba frente a un dilema que lo atormentaba. A lo lejos, entre las ruinas de lo que había sido una gran ciudad, había un campamento de humanos atrapados. Sabía que necesitaban ayuda, pero su programación lo obligaba a priorizar la misión. Unos días antes,

un convoy de suministros había sido emboscado y la carga estaba ahora en manos de los bandidos, criaturas deshumanizadas que no solo eran de carne y hueso, sino también partes robóticas, mutantes producto de los experimentos que los científicos descontrolados habían desatado.

Él ya no sentía la necesidad de justicia, no sentía nada, pero había algo en su código que lo mantenía en movimiento, algo que aún conservaba de su humanidad original. Quizás era el deseo de proteger a aquellos que aún tenían algo por lo que luchar.

Con una precisión que solo los ciborgs podían tener, cargó su arma, una pistola de alta energía que podía atravesar el acero más grueso, y comenzó su viaje hacia la guarida de los bandidos.

El viento azotaba su rostro de metal y su visión aumentada analizaba cada movimiento a su alrededor. El horizonte teñido de naranja era su único compañero. A medida que avanzaba, recordaba los tiempos antiguos, cuando los

vaqueros eran hombres de honor, de palabra y de acción. Pero aquellos tiempos ya no existían. Ahora solo quedaba la lucha por sobrevivir y él, como el último vestigio de un pasado perdido, tenía una misión que cumplir.

Tras varias horas de marcha llegó a la fortaleza de los bandidos, donde el sonido de la maquinaria y los gritos distantes confirmaban que la emboscada había sido exitosa. Sabía que no había tiempo que perder. Con sigilo y agilidad, se infiltró entre las sombras con sus pasos resonando suavemente en la oscuridad. Tenía un objetivo claro: recuperar los suministros, salvar a los humanos y destruir la amenaza.

Al llegar al centro del campamento, se encontró con el líder de los bandidos, un monstruo de carne y metal cuyos ojos brillaban con una luz roja como el fuego del infierno. Ambos se miraron fijamente sin decir una palabra. Solo el sonido del viento y el crujir de los engranajes de sus cuerpos rotos llenaban el aire.

«Esto terminará hoy», dijo el Vaquero con su voz áspera y mecánica.

El enfrentamiento fue brutal. El Vaquero, con su habilidad inhumana, esquivaba los ataques del líder bandido mientras sus pistolas de energía disparaban rayos mortales. Con cada movimiento, sus circuitos y su instinto se fusionaban en una danza mortal. Finalmente, con un rápido y certero disparo, el Vaquero destruyó el núcleo de la máquina que controlaba al líder, dejando que cayera al suelo hecho pedazos.

Los bandidos restantes, al ver la derrota de su líder, intentaron huir, pero el Vaquero no tenía misericordia. Con cada golpe, cada disparo, devolvía la justicia que el mundo había perdido. Cuando la última amenaza cayó, el silencio volvió a cubrir el campamento.

A lo lejos, los humanos cautivos observaban agradecidos, pero aterrados. El Vaquero Ciborg no era su salvador, era un espectro del pasado, una figura de leyenda que solo existía para cumplir una misión y nada más.

Con una última mirada hacia ellos, el Vaquero subió a su caballo, un animal mecánico con partes cibernéticas, y se alejó hacia el horizonte. En ese mundo roto y devastado él seguiría su camino. Un vaquero sin pasado, sin futuro, solo con el presente de una guerra interminable.

EL BRILLO DE LAS ESTRELLAS

Sara Macías Santos

Ane y Adriana vivían en una ciudad distante, a horas de donde vivían sus abuelos y su prima Mía. Aunque esa distancia física siempre les había parecido algo natural, con los años, ambas hermanas habían aprendido a contar los días para las visitas en verano o las fiestas de fin de año. Eran momentos llenos de risas, historias y la calidez de la casa de sus abuelos, donde siempre las esperaba la abuela Carmen con los brazos abiertos y el aroma a pan recién hecho.

Pero todo cambió cuando llegó la noticia.

Fue una llamada breve y pesada. Su madre se lo explicó con delicadeza una noche de abril: la abuela Carmen estaba enferma. Muy enferma.

Ane, con solo doce años, no entendió del todo lo que significaba esa palabra, cáncer, pero la expresión de su madre y la tristeza en la voz de Adriana, su hermana mayor, le hicieron saber que algo grave estaba ocurriendo.

Ese verano, cuando viajaron a la casa de sus abuelos, la abuela Carmen ya no parecía la misma. Estaba más delgada y sus movimientos eran lentos, como si llevara el peso de un mundo invisible. Pero lo que no había cambiado era su sonrisa, esa sonrisa brillante e inquebrantable que iluminaba la habitación como si ninguna enfermedad pudiera oscurecerla.

—¿Cómo estás, mi niña? —le preguntó Carmen a Ane, abrazándola con una calidez que Ane no quería soltar.

—Bien, abuela. ¿Y tú? —respondió Ane con la voz temblorosa.

—Mejor ahora que estás aquí.

Los días en casa de los abuelos se llenaron de momentos que Ane intentaba atrapar como si fueran mariposas en el aire. Las tres primas, Adriana, Ane y Mía, se sentaban junto a la abuela y escuchaban sus historias de juventud, mientras el abuelo Joaquín no se separaba de ella. Ane se daba cuenta de que su abuelo estaba enamorado de la abuela de una forma que no había imaginado posible. Le preparaba el té cada mañana, le acomodaba la manta en las

noches frescas y se sentaba en silencio a su lado, como si cada minuto juntos fuera un regalo.

—El amor de verdad no se rinde, Ane —le dijo un día Carmen cuando Ane la ayudaba a peinarse. Sus manos, pequeñas y delgadas, temblaban un poco al tocar el cepillo, pero sus ojos brillaban con la misma fuerza de siempre—. Y no solo el amor hacia otra persona, sino el amor a la vida, incluso cuando duele.

Ane no entendió del todo esas palabras hasta mucho tiempo después.

Cuando Carmen falleció al final del verano, Ane sintió como si una parte de ella se hubiera perdido para siempre. Al volver a su ciudad, la casa se sintió demasiado vacía. Adriana intentaba ser fuerte, pero Ane podía ver que también la extrañaba. Las noches eran las más difíciles: Ane se despertaba llorando, con el eco de la voz de su abuela resonando en sus sueños.

Un día, después de la escuela, encontró una carta que su abuela había dejado para ella antes de morir. Estaba dentro de un cuaderno que Carmen solía usar para anotar recetas y pensamientos.

Querida Ane,

Sé que me extrañarás, porque yo también te extraño. Pero quiero que recuerdes algo: la distancia nunca nos separó del todo, ¿verdad? Aunque vivías en otra ciudad, siempre sentía tu amor en cada llamada, en cada carta, en cada risa compartida. Ahora no será diferente. Cuando mires el cielo, ahí estaré. En las estrellas, en el viento, en las flores que crecen. Nunca dejes de cuidar lo que amas. Y, sobre todo, nunca dejes de sonreír. Te quiero con todo mi corazón.

Abuela

La carta le dio a Ane algo que no había sentido desde la muerte de su abuela: esperanza. Empezó a escribir sus propios pensamientos en el cuaderno, como si hablara con su abuela. Regresaron al pueblo para Navidad y Ane se unió a Mía y a su abuelo Joaquín para cuidar el jardín de Carmen. Plantaron flores nuevas y el abuelo les contó historias de los días en que él y Carmen eran jóvenes.

—Tu abuela estaría feliz de ver esto —dijo Joaquín una tarde mientras acariciaba las hojas de un rosal recién plantado.

Ane sonrió mirando el cielo donde las estrellas comenzaban a brillar.

—Lo está, abuelo. Estoy segura de que lo está.

A partir de entonces, Ane entendió que, aunque la ausencia dolería siempre, el amor de su abuela no estaba realmente perdido. Había quedado grabado en su corazón, en los recuerdos y en cada cosa que Carmen había tocado con su ternura. Porque, como le había dicho su abuela, el amor de verdad no se rinde.

EL DESTINO

Víctor Prieto Jiménez

La carretera era larga hasta el punto de que no se veía el final. Llevaba tanto tiempo conduciendo por ella que cuando miré la hora ya habían pasado cuatro desde que comencé ese tramo. El lugar estaba vacío, era un desierto con mucha arena y pocos cactus a la vista.

Tras insultar por más de una hora al que había construido esa carretera hasta que ya no me salieron más palabras, me quedé callado y, sin nada que hacer, seguí conduciendo hasta que se hizo de noche.

Las estrellas iluminaban la carretera ya que no había ni una farola que la alumbrase. Fue entonces cuando la radio empezó a sonar, pero no era una canción, era yo, eran palabras que había dicho en el pasado. Al escucharlo apagué la radio.

Otra vez me quedé en silencio y otra vez la radio comenzó a sonar, pero esta vez la dejé.

Escucharme a mí mismo no era raro, de hecho, me hacía sentir bien. El bioma alrededor del coche comenzó a cambiar a un lugar parecido a una jungla, pero ya no me importaba, solo quería seguir escuchando. La carretera empezó a subir hacia las estrellas. No quería ir allí, pero tenía que llegar a mi destino.

EL ECO DEL VIENTO

Daniel Tobaruela Díaz

En un futuro no muy lejano, la humanidad había alcanzado un nivel tecnológico impresionante, pero a un alto costo. Las ciudades eran ahora vastos laberintos de acero y cristal donde la naturaleza había sido relegada a los márgenes. En este mundo, un grupo de resistencia conocido como *Los Eco* luchaba contra la opresión de una corporación poderosa llamada *Nexus Corp*, que controlaba todos los recursos y mantenía a la población en la pobreza.

El protagonista, Alex, un antiguo agente de *Nexus*, había desertado tras descubrir la verdad sobre las atrocidades que la corporación cometía. Con su experiencia y habilidades de combate se unió a *Los Eco* decidido a dismantlar el sistema corrupto que los oprimía. La líder del grupo, una mujer carismática llamada Lena, había planeado un audaz golpe: infiltrarse en la sede central de *Nexus* y robar datos cruciales que revelaran sus crímenes.

La misión comenzó al caer la noche. Alex, Lena y un pequeño equipo se deslizaron a través de las sombras utilizando tecnología avanzada para evadir los sistemas de seguridad. Con cada paso que daban el pulso de la ciudad resonaba en sus oídos, un recordatorio constante de lo que estaba en juego. Al llegar a la entrada principal, Alex activó un dispositivo que desactivó temporalmente las cámaras de vigilancia.

Sin embargo, no estaban solos. Un grupo de élite de seguridad de *Nexus*, conocido como *Los Halcones*, había sido alertado de su presencia. Mientras el equipo se adentraba en el edificio, las luces comenzaron a parpadear y una voz fría resonó por el altavoz: «Intrusos detectados. Activando protocolo de seguridad».

La tensión en el aire se volvió palpable. Alex tomó la delantera guiando a su equipo a través de pasillos oscuros mientras sonaban las alarmas. De repente, apareció un grupo de *Halcones*. Iban armados hasta los dientes y una feroz batalla estalló. Alex, con reflejos rápidos, esquivó balas y contraatacó, utilizando su entrenamiento previo para desarmar a varios oponentes. Lena, con su agilidad, se movía como un espectro, propinando golpes certeros.

A medida que avanzaban, el grupo se dio cuenta de que la situación era más peligrosa de lo que habían anticipado. *Los Halcones* se multiplicaban y el tiempo se agotaba.

«¡Debemos llegar a la sala de servidores!», gritó Lena mientras cubría a Alex, que intentaba hackear la puerta de seguridad.

Finalmente, lograron acceder a la sala. Alex se sentó frente a un terminal y comenzó a descargar los datos, pero el sistema estaba protegido por un firewall sofisticado. Con el tiempo corriendo en su contra, utilizó sus conocimientos previos de *Nexus* para navegar por las intrincadas defensas digitales.

Mientras tanto, el resto del equipo defendía la entrada luchando contra *Los Halcones* que intentaban acceder. La batalla se intensificaba y el sonido de disparos resonaba en los pasillos. Justo cuando Alex creía que había logrado superar el sistema, una explosión sacudió el edificio. Una de las bombas de *Nexus* había sido activada y el tiempo se estaba acabando.

«¡Rápido, Alex, necesitamos esos datos!», urgió Lena mientras luchaba contra dos *Halcones* a la vez.

Con determinación, Alex logró completar la descarga justo antes de que un segundo grupo de *Halcones* entrara en la sala. Sin dudarlo, Lena tomó una granada de su cinturón y la lanzó hacia el grupo, creando una distracción suficiente para que ellos pudieran escapar.

Con los datos en mano, comenzaron a correr hacia la salida, pero la explosión había causado el caos en el edificio. Las alarmas sonaban y el lugar temblaba. Mientras corrían por los pasillos, el equipo se dio cuenta de que estaban siendo acorralados. Alex tomó la delantera utilizando su conocimiento del edificio para encontrar una salida alternativa.

Finalmente, llegaron a una ventana de emergencia. Sin tiempo para pensar, Alex rompió el cristal y saltó al vacío seguido de Lena y el resto del equipo. Cayeron en una azotea adyacente, pero no estaban a salvo. *Los Halcones*, ya alertados, comenzaron a rodear el área.

Sin embargo, *Los Eco* no se rendirían tan fácilmente. Con los datos sustraídos tenían pruebas suficientes para exponer a *Nexus Corp* y liberar a la ciudad de su yugo. Con un plan de escape en mente, Alex y Lena dirigieron a su

equipo hacia un antiguo túnel de alcantarillado que habían descubierto en una misión anterior.

Mientras atravesaban el túnel, el eco de la batalla resonaba en sus oídos. Cada paso era un recordatorio del riesgo que habían corrido, pero también de la esperanza que llevaban consigo. Al llegar al final del túnel, emergieron en un área desierta lejos de la ciudad.

«Lo logramos», dijo Lena, respirando con dificultad. «Es hora de hacer que el mundo se entere de la verdad».

Con determinación renovada, el grupo se dirigió a su base secreta, listos para compartir la información crucial que cambiaría el rumbo de la historia. A pesar de las adversidades, Alex y Lena se dieron cuenta de que la lucha solo acababa de comenzar. La resistencia de *Los Eco* había sido fortalecida y, juntos, estaban decididos a liberar a su mundo del eco del viento que aún traía consigo los susurros de opresión.

La batalla por la libertad había comenzado.

EL ECO DE LA CASA ABANDONADA

Matías Gustavo Rojas Vázquez

Era una tarde oscura y tormentosa cuando un grupo de amigos (Lucas, Sofía, Diego y Valentina) decidieron explorar la vieja casa al final de su calle. Se decía que estaba embrujada y, aunque al principio se reían de las historias, una sensación inquietante les recorrió la espalda al acercarse a la puerta chirriante. La casa, con su fachada desgastada y ventanas rotas, parecía estar viva, observándolos desde la penumbra.

Al cruzar el umbral, un aire helado los envolvió. El olor a moho y polvo era abrumador. Las paredes estaban cubiertas de telarañas que parecían brazos alargados que intentaban atraparlos. A cada paso, el suelo crujía como si protestara por su presencia. Un eco distante resonó, un susurro apenas audible que parecía llamarlos desde el piso de arriba: «Ayuda...».

—¿Escucharon eso? —preguntó Lucas con voz temblorosa. Sofía, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda, asintió.

—Probablemente sea solo el viento —dijo, aunque su tono denotaba inseguridad.

Sin embargo, la curiosidad los empujó a subir las escaleras. cada escalón resonaba bajo su peso.

Al llegar al segundo piso, un pasillo oscuro se extendía ante ellos. La atmósfera estaba cargada de una tensión palpable. Al final del pasillo, una puerta entreabierta parecía invitarlos a entrar. Con un nudo en el estómago, empujaron la puerta y entraron a una habitación en penumbras. En el centro, un viejo baúl cubierto de polvo aguardaba.

—¿Qué habrá dentro? —murmuró Diego mientras lo abría con un chirrido. En su interior encontraron juguetes antiguos: un oso de peluche desgastado y una muñeca con un rostro agrietado. Pero lo que más les inquietó fue el aire enrarecido, como si la habitación misma estuviera respirando. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Valentina y, de repente, la puerta se cerró de golpe.

— Esto no es normal — gritó Sofía tratando de abrir la puerta que no se movía.

Justo entonces, el oso comenzó a moverse solo.

— ¡Ayúdenme, por favor! — dijo con una voz temblorosa.

Aunque el terror los invadía, algo en su tono hizo que se detuvieran. El oso les explicó que estaba atrapado allí desde hacía décadas y que necesitaba su ayuda para encontrar a su amigo, el niño que había jugado con él.

— ¿Cómo podemos ayudarte? — preguntó Lucas sintiendo que la situación se tornaba cada vez más extraña.

— Debo encontrar mi coche de madera. Sin él, no podré descansar — explicó el oso con sus ojos reflejando una desesperación que hacía eco en sus corazones.

Con cada pista que encontraban, la historia del niño se volvía más sombría. En una habitación contigua, encontraron un diario desgastado; sus páginas estaban manchadas de algo que parecía ser sangre. Las entradas hablaban de juegos y risas, pero también de un

día fatídico en que el coche desapareció y el niño se volvió cada vez más solitario.

Mientras exploraban, la casa parecía cobrar vida. los ecos de risas infantiles se mezclaban con susurros de advertencia. Al llegar a una habitación cerrada, lograron abrir la puerta y encontraron una caja enterrada en el suelo. Al abrirla, encontraron el coche de madera. Al tocarlo, el ambiente cambió drásticamente; una ráfaga de viento helado atravesó la habitación, apagando sus linternas.

— ¡Nos vamos! — gritó Diego.

Pero el suelo comenzó a temblar. Las sombras en las paredes se alargaron, tomando formas grotescas.

— ¡Ayuda! — clamó el oso mientras se desvanecía su voz resonando en sus mentes — . ¡Devuélvanme a mi amigo!

Desesperados, los amigos intentaron salir, pero la puerta parecía estar sellada por una fuerza oscura. Fue entonces cuando comprendieron que el niño y el oso estaban atrapados en un ciclo de tristeza y soledad. Con un acto de valentía, decidieron dejar el coche de madera en el suelo y hablar al aire.

—Estamos aquí para ayudar.

En ese instante, la casa tembló con fuerza y las sombras comenzaron a disiparse. Una risa infantil resonó y el oso, en un destello de luz, se desvaneció dándoles las gracias con una sonrisa melancólica. La puerta se abrió de golpe y los amigos corrieron hacia la salida, sintiendo que algo los observaba desde la oscuridad.

Al salir, la tormenta había cesado. La casa, ahora iluminada por una luz tenue, parecía menos amenazante. Sin embargo, sabían que habían dejado una parte de ellos allí, en el eco de aquel lugar. Nunca olvidaron su encuentro con el pasado y la forma en que enfrentaron sus propios miedos, recordando que, a veces, lo que parece aterrador es solo una historia que espera ser contada.

LA IRA DEL BOSQUE

María Sofía Mrakovich Davy

En un rincón olvidado del mundo había un bosque tan espeso que incluso el sol parecía temer adentrarse en él. Los habitantes del pueblo cercano decían que el bosque estaba vivo, que respiraba con cada brisa y observaba con los ojos de sus animales. Pero, sobre todo, decían que el bosque tenía ira.

Nadie sabía qué había enfurecido al bosque, pero todos conocían las historias: campesinos que talaban un árbol y nunca regresaban, cazadores que entraban tras su presa y eran encontrados días después delirando sobre susurros y sombras que los perseguían...

A pesar de las advertencias, un joven leñador llamado Darío decidió desafiar al bosque. Necesitaba madera para reparar su hogar y los árboles más altos y robustos estaban allí. Con su hacha al hombro, cruzó los límites que todos evitaban. Al principio todo parecía normal. El canto de los pájaros lo acompañaba y la brisa le acariciaba el rostro. Pero cuanto más se

adentraba, más pesado se volvía el aire. El silencio cayó de golpe, como si el bosque estuviera conteniendo la respiración.

Darío eligió un árbol anciano cuya corteza parecía contar siglos de historia. Cuando levantó el hacha, un crujido resonó a su alrededor, como un gruñido profundo. Ignorándolo, lanzó el primer golpe. La madera gimió bajo el filo, pero el sonido no era natural. Parecía un grito, un lamento de algo vivo y furioso.

El bosque respondió.

Las raíces comenzaron a moverse como serpientes bajo sus pies. Las ramas de los árboles se entrelazaron en un dosel que bloqueó toda luz. El aire se volvió denso y ardiente, como si el bosque exhalara su furia. Darío dejó caer el hacha y corrió, pero el suelo parecía traicionarlo, hundiéndose bajo su peso o elevándose para hacerle tropezar.

En su desesperación, recordó las historias de los ancianos del pueblo. Decían que el bosque aceptaba ofrendas de arrepentimiento. Sacó el único objeto de valor que llevaba consigo: un colgante que había pertenecido a su madre. Lo

colocó sobre una roca y murmuró una disculpa entre sollozos.

El movimiento cesó. El bosque lo observaba o, al menos, así lo sentía. Una suave brisa acarició su rostro y las ramas comenzaron a abrirse, dejando pasar la luz del sol. Darío no esperó una segunda oportunidad. Corrió hacia la salida sin mirar atrás.

Cuando regresó al pueblo, juró nunca más poner un pie en el bosque. Desde entonces, cada vez que alguien intentaba desafiar al bosque, Darío les contaba su historia, porque había aprendido que la ira del bosque no era un castigo injusto, sino una advertencia:

Incluso la naturaleza tiene un límite y quienes lo cruzan enfrentan las consecuencias.

LA PELÍCULA

Miriam Caparroz Pérez

Hoy toca una película que salió hace poco. No sé de qué va, solo sé que estoy en el cine esperando a alguien que no llega. «¡Dan!» Me sale un mensaje en el móvil y la poca gente que se encuentra en su asiento me mira. «Vale, vale. Lo pongo en silencio», me digo en la mente. No sé si me entienden, pero me da la sensación de que sí. Una pareja me mira con una cara que me dice que, si has molestado, al menos dignate a mirar el mensaje y, como si fuera una orden, lo hago. ¡Hay que ver lo rápida que soy para algunas cosas!

Un mensaje de mi quedada. Que su tía se ha caído y no puede venir. ¡Menuda excusa más barata! No sé por qué se me ocurren muchas mejores como que su perro se ha comido la entrada. Bueno, esa no es buena, pero ¡oye! al menos me reiría un poco, lo suficiente para aguantar el hecho de que me han dejado plantada.

Debería irme, pero he pagado la entrada. Bueno, él también la ha pagado, igual debería cobrarle la película, encima de que me ha dejado sola... Se apagan las luces. ¡Uy! ¡Que empieza! ¿Sería tan malo irme ahora? Le daré una oportunidad y si no me gusta se lo exigiré después, total, la película la ha escogido él.

Tres minutos de película, un increíble plano de un montón de coches que se preparan para una carrera. Ya sé porque quería venir a verla, lo que no sé es por qué ha aceptado al hacerlo conmigo. Diez minutos, el coche ganador es el del protagonista masculino. ¡Oh, no! Una película de amor. Pongo cara de póker. Esta película tiene todas las papeletas para que la aborrezca.

Trece minutos de película, personaje femenino: chica estudiosa que va a entrar en una buena universidad. Me hundo en mi asiento; es peor de lo que me esperaba. ¿Cuánto tiempo voy a estar sentad en este asiento? No sé. ¿Cuánto dura la película? La verdad es que no me había molestado en mirarlo. Pensaba que me gustaría y si no lo hacía me pasaría mirando a la cara a mi quedada mientras este me explicaba la escena. Pongo la mano en el asiento vacío donde debería estar. «¡Cabrón!».

Saco el teléfono y bajo el brillo. «Cuánto dura la película», escribo en el buscador. Me estoy arriesgando a que después me salgan fotos del protagonista masculino sin camiseta, pero es un precio que estoy dispuesta a pagar, total, no es tan feo. ¡Tres horas y seis minutos! Pues no sé cómo lo van a alargar tanto si ya sabemos cómo acaba esto: la chica acaba haciendo algo de maldad por él y él se vuelve más bonachón por ella. Tú puedes. ¡Venga! Que está empezando.

Veintinueve minutos de película, los protagonistas se conocen. Me queman los ojos. Debería irme en este momento. Me pregunto lo rápido que terminaría si los chicos se tomaran en serio el no de la chica, igual en vez tres horas de película serían una hora y pico, ósea, todo ventajas. Todo esto me supera. No me gusta esta película y, aun así, sigo sentada en este sitio sin llegar a decidir si irme o no.

Treinta y seis minutos de película. No sé cómo hemos llegado al punto que la amiga de la protagonista acaba convenciendo a su amiga de que salga con él. ¿Qué estúpida está dispuesta a hacer algo que no quiere solo porque los demás se lo han pedido? Me pongo a reflexionar sobre lo que acabo de reflexionar. ¿Acaso no es muy diferente de lo que me ha

pasado a mí? He salido con un chico que es guapo, pero, más allá, no sé nada de él. Puede que me haya convencido mi mejor amiga, pero ahora me parece una estupidez el motivo por la que le invite a salir. He decidido que me voy de aquí. Cuando me levanto veo que algunas personas me miran asqueados, como si intentaran decirme que yo no entiendo esta película y ¿sabes qué? no la entiendo.

Salgo del cine y lo primero que hago es borrar el número de teléfono del chico. No sé por qué lo hago, pero es un impulso que no pienso ignorar. Si quiere volver a salir conmigo que me lo vuelva a pedir.

Faltan dos horas para que venga a recogerme mi padre. Supongo que tendré que dejarle algún mensaje. Me siento en un banco cerca de la fuente del centro comercial y me dispongo a escribirle cuando una chica sale de la nada y se sienta a mi lado. Parece agobiada. Yo intento ignorarla lo mejor que puedo, aunque ella suelta unos cuantos resoplidos como si intentase llamar mi atención. Quiere que hable con ella. Perdón, pero no reuní todo mi valor en invitar a un chico a salir y al final no ha venido.

—Hola — me dice.

—Hola —contesto porque mi cerebro no computa para más y me pongo a mirar el teléfono para disimular el interés que me acaba de salir.

Se hace un silencio incómodo hasta que ella se atreve a romperlo

—Hoy he tenido una cita —¡oh, no! quiere hablar— y no ha venido. Dice que ha encontrado a otra mejor

Se me ocurren muchas cosas que decir como que a mí también me ha pasado o que es un imbécil por dejarla, pero me sale un simple y llano «Aaaah».

—Lo siento, te estoy molestando —dice la chica mientras se levantaba.

—No. —La agarró del brazo—. La verdad es que a mí también me han dejado tirada.

—¡Oh! Lo siento. Él y yo íbamos a ver esta película. —Me inclino para ver el tique de la película y es la misma de la que acabo de salir—. ¿Quieres venir? Sería un lastima ir sola.

—Vale. —Me sorprende hasta a mí, pero quizá pueda sacar algo de esto.

LA VENTANA DE LA CASA EN LA COLINA

Victoria García Blanco

La casa en la colina había estado vacía por años o, al menos, eso creían todos en el pequeño pueblo. Era una construcción antigua con muros de piedra ennegrecidos por el tiempo y una sola ventana en el piso de arriba que, curiosamente, siempre parecía limpia. A pesar de su abandono nadie se atrevía a acercarse. Había historias con susurros en los bares y murmullos entre vecinos, pero al final todos coincidían en una cosa: la ventana.

Clara, recién llegada al pueblo, no entendía el miedo a esa ventana, no tenía nada especial o eso pensaba ella. Solo era una abertura en un muro cubierta por cristales, pero cuanto más pasaba junto a la casa, más sentía que aquella ventana la observaba. Una noche, llena de curiosidad y con un poco de vino en el cuerpo, decidió explorar.

Subió la colina con una linterna en la mano y el viento sonando a su alrededor. La puerta

estaba entreabierta, como invitándola. El interior estaba polvoriento y desolado con muebles cubiertos por sábanas blancas que parecían fantasmas dormidos. Clara sintió un escalofrío, pero avanzó. Sus pasos resonaban en el suelo de madera y cada crujido parecía gritarle que se marchara.

Subió la escalera con el objetivo de ver la ventana. Necesitaba verla de cerca y comprobar que no era más que vidrio y marco. Cuando llegó al pasillo del piso de arriba un extraño silencio la envolvió. La ventana estaba al final, iluminada por la tenue luz de la luna. Al acercarse, algo llamó su atención: una figura se reflejaba en el cristal.

Clara se detuvo en seco. Miró detrás de ella, pero el pasillo estaba vacío. Volvió a mirar la ventana y la figura seguía allí, inmóvil, oscura y alargada, como si la sombra misma hubiera tomado forma.

—No estás aquí —murmuró como para convencerse.

Pero la figura comenzó a moverse. Lentamente, levantó una mano y señaló algo detrás de Clara. Ella no quería volverse, pero la

curiosidad fue más fuerte. Giró la cabeza y... vio una puerta entreabierta que antes no estaba allí.

Con el corazón latiéndole en los oídos, avanzó hacia la puerta. La abrió con cuidado y encontró una pequeña habitación vacía salvo por una silla frente a un espejo. En el espejo, la figura estaba sentada, mirándola. Pero no había nadie en la silla.

Clara retrocedió, pero el piso bajo sus pies cedió. Cayó, pero no al primer piso, sino al vacío. La casa parecía devorarla, sus paredes se cerraban como una trampa. Antes de perder la consciencia escuchó un susurro:

—Gracias por mirar.

A la mañana siguiente, la casa seguía en la colina, silenciosa. Solo que esta vez, en la ventana, un nuevo reflejo podía verse: el de Clara, mirando fijamente hacia el pueblo.

LA PREGUNTA

Nora Caparroz Pérez

Estaba muy enfermo, hacía mucho que había palidecido hasta unos extremos indeseados, sin que yo pudiese hacer nada al respecto. Siempre había procurado que nunca le faltase de nada, pero eso no pareció curarle, solo lo mantenía vivo el tiempo necesario.

La primera vez que se empezaron a percibir indicios de desgaste fue una noche, hace dos años. Entró a nuestra habitación mientras dormíamos, me despertó plantando su cara a escasos centímetros de la mía y me planteó una pregunta en forma de duda. Yo sonreí impresionada por su imaginación, le di un beso en la frente y lo mandé a dormir... Esa noche no pude conciliar el sueño.

La siguiente vez fue un día en el parque. Me encontraba sola sentada en un banco, él se acercó a mí y, tirando de una de mis mangas, volvió a formular la misma pregunta. Yo le volví a besar en la frente y le aparté los pelos de la cara. Él se marchó tan rápido como vino,

dejándome como si un camión me acabase de atropellar.

Otra vez fue en la piscina pública del pueblo. Mi marido y yo habíamos decidido bajar a refrescarnos. Mi esposo estaba hablando apasionadamente con una socorrista sobre los tiempos en los que había estado ganándose la vida en la playa. De pronto, apareció en el agua, me llamó con su suave voz, reclamándome. Yo me metí en la piscina, él me volvió a preguntar y esta vez no me dejó tiempo para responder. Solo se alejó nadando, no sin antes dedicarle una mirada indescriptible a mi marido. Sumergí la cabeza y pegué un grito que nadie oyó.

Tras este episodio, empezó hacer la misma pregunta más seguido, dejándome casi todos los fines de semana con una sensación de vacío y abandono de la que no me podía recuperar.

Con el tiempo, esa casa se convirtió en un campo de batalla por ver quién podía aguantar más sin decir nada de lo que en verdad pensábamos, hasta que un día la rabia de ambos se acumuló tanto que explotó. ¡Boom!

Todo sucedió muy rápido, como si un rayo estallara, y le eché en cara todo lo que me había

guardado. Gritamos toda la mañana, alejándonos más y más. Mientras nos peleamos él no dijo nada, solo nos miraba con una cara impasible, como la de un náufrago que se da cuenta de que nadie va a ir a rescatarlo. Desde entonces, todos los días sin falta, a la hora de la cena nos preguntaba a los dos esa duda que había quedado en el aire.

Mi marido solo le ignoraba y si no quedaba otro remedio que contestar soltaba dos gruñidos y decía «¡Qué tontería!». Por mi parte, solo me quedaba mirar al infinito sin saber qué decir.

La última noche, en la que mi marido se fue de casa, él apareció en la puerta dispuesto a que respondiese a su pregunta. Me senté en el sofá llorando desconsolada, él se acercó con la certeza de que esta vez sí respondería y así fue. Su hálito era frío y traía consigo un aura fúnebre como de luto. Estaba más pálido que nunca, se sentó junto a mí y con una mirada llena de ternura me preguntó: «¿Me quieres?». Yo intenté sonreír para disimular el dolor que me producía aquella pregunta. Él me sonrió y, en vista de que no podía contestar, me agarró de la mano y con una sonrisa llena de luz me dijo: «No es culpa tuya, tú sí me cuidaste». Me eché

a llorar, no podía mirarle a los ojos... ¡Cómo podía aceptarlo tan rápido como mi marido y marcharse como si nunca hubiese sucedido nada! Fui a tocarle la cara, pero me esquivó: «Sin trampas sin mentira, solo la verdad». Tartamudeé hasta que por fin solté la respuesta «No». Él se levantó y dijo: «Entonces me tengo que ir». Ninguno de los dos regresó nunca.

EL ECO DE LO QUE SEREMOS

Juana Monsalve Pedrozo

Creceer es un viaje que comienza sin que lo notemos. Un día vivimos sin preocupaciones, siendo niñas libres de prejuicios, con el cabello alborotado, la ropa manchada o rota por jugar y una imaginación que se extiende sin límites. Nuestras mayores decisiones giran en torno a qué juego inventar o qué historia imaginar. Sin embargo, uno de nuestros primeros retos, aunque no lo notemos en ese momento, aparece cuando nos permiten elegir nuestra ropa o decidir cómo queremos que sea nuestro peinado. Esa pequeña elección, aparentemente insignificante, es el inicio de la construcción de nuestra identidad.

Somos pequeñas exploradoras en un mundo lleno de posibilidades, corriendo descalzas en nuestro propio universo, con la mente llena de sueños que parecen infinitos. Pero, de repente, todo empieza a cambiar.

Al principio, los cambios llegan sigilosos, como una brisa que apenas roza nuestra piel. Una mirada diferente en los ojos de los demás, una sensación extraña en el cuerpo o el eco de preguntas que surgen en nuestra mente y no sabemos cómo responder. Luego, los cambios se hacen evidentes, ineludibles. Nuestro cuerpo comienza a transformarse antes de que podamos comprenderlo del todo y lo que antes parecía irrelevante empieza a ocupar un espacio considerable en nuestra mente.

La forma en que nos vemos y cómo nos perciben los demás se convierte en algo importante, casi obsesivo. Nos preguntamos si encajamos, si lo que llevamos es lo correcto, si somos suficientes. La ropa comienza a ajustarse diferente, el cuerpo adquiere un idioma propio, y los comentarios del exterior, esos que antes pasaban desapercibidos, ahora resuenan como ecos en nuestra cabeza. Con ellos, aparece una vulnerabilidad que se siente como una segunda piel, una capa que no pedimos, pero debemos aprender a llevar. Aprendemos que el miedo también forma parte del crecimiento: miedo a caminar solas, a hablar demasiado alto, a ser juzgadas, a ser «demasiado» o «muy poco».

Aprendemos, a veces de golpe, que el mundo no siempre es amable, que nos observará y juzgará, y que, aunque quisiéramos seguir siendo esas niñas despreocupadas, estamos en un camino sin retorno.

En este punto, las niñas que éramos comienzan a encontrarse con los ecos de lo que seremos. Crecer significa aprender a navegar entre expectativas que no elegimos, entre normas y moldes que otros han diseñado para nosotras. Es aquí donde entra en juego nuestra fuerza, donde aprendemos a romper esos moldes, a alzar la voz y a mostrar todo lo que tenemos para dar al mundo. Porque el mundo necesita que cada persona aporte lo mejor de sí misma y en nosotras hay una fuerza que, aunque a veces parece invisible, tiene el poder de transformar.

Pero no todo son retos. En medio del caos también está la magia. Está el descubrimiento de nuestra propia fortaleza, esa que a veces desconocemos hasta que se pone a prueba. Está la risa compartida con amigas que se convierten en nuestra familia elegida, en aliadas en este camino. Y está la pequeña pero poderosa rebeldía de aprender a decir «no», de ocupar nuestro lugar, de hacernos escuchar.

A lo largo del camino muchas cosas cambian. Las amistades que creíamos eternas se desvanecen y nuevas personas llegan para enseñarnos algo distinto. Pasamos del colegio al instituto, enfrentándonos a nuevas dinámicas y decisiones que marcarán nuestro futuro. Estudiamos, con suerte, algo que nos apasiona y luego encontramos trabajos donde seguimos aprendiendo. También descubrimos el amor o, al menos, lo que creemos que es amor. Nos enfrentamos a la ilusión y la desilusión, al desafío de abrir nuestro corazón a alguien y de encontrar el equilibrio entre amar al otro y no perdernos a nosotras mismas en el proceso. Nos enfrentamos a preguntas que nadie nos enseñó a responder. ¿Qué significa amar? ¿Cómo nos encontramos a nosotras mismas mientras entregamos una parte de nuestro corazón?

En este trayecto, aprendemos algo fundamental: conocernos a nosotras mismas. Entender qué queremos, qué nos gusta, qué nos define. Reconocer nuestras fortalezas y aceptar nuestras debilidades. Es un acto de amor propio aprender a caminar con la cabeza en alto, sabiendo que no tenemos que cumplir con las expectativas de nadie más que las nuestras.

Conocerse es algo muy importante para seguir nuestro viaje firme.

Ser mujer es un acto de equilibrio constante. Entre cuidar y cuidarnos, entre cumplir con el mundo y cumplir con nosotras mismas. Es un camino lleno de preguntas sin respuestas inmediatas, de lágrimas que a veces nos sanan y otras nos pesan. Pero también está lleno de pequeños triunfos, de momentos en los que nos damos cuenta de que hemos crecido, que hemos aprendido, que seguimos avanzando.

El eco de lo que seremos nos acompaña siempre. Nos recuerda que, aunque el mundo intente moldearnos, somos ríos indomables, capaces de abrirnos camino incluso en los terrenos más difíciles. Aprender a escucharlo es parte del viaje: abrazar nuestra vulnerabilidad, nuestra fortaleza, nuestra historia.

Porque ser mujer es eso: un eco que resuena con todo lo que somos y con todo lo que aún está por venir. Es un viaje eterno, lleno de retos, aprendizajes y magia, donde brillamos como flores resistentes en un terreno que nos pertenece. Y aunque el fin de nuestro viaje sea incierto, lo único que podemos hacer es seguir adelante, crecer, vivir y ser fieles a nosotras mismas.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Carolina Alhambra Cano

Un hombre de cincuenta años estaba cansado. Su vida se había convertido en una colección de decisiones que lo habían llevado a perder casi todo: su familia, su empleo, sus amigos. Esa noche, tras salir de un bar, un accidente automovilístico puso fin a su vida.

Al abrir los ojos descubrió que estaba en su habitación de joven en el día que tomó la primera decisión que cambió su vida. Mirándose en el espejo vio su rostro de veinte años y comprendió que tenía una segunda oportunidad.

Decidido a corregir los errores del pasado, cambió sus elecciones. Evitó amistades peligrosas, se esforzó en sus estudios y trató de cuidar a su familia.

Los problemas cambiaron, pero no desaparecieron, algunas decisiones que parecían acertadas crearon nuevos conflictos.

En sueños, empezó a ver una figura misteriosa: su yo pasado. En cada aparición, esta figura le recordó que el dolor del pasado le dio lecciones valiosas y que, tal vez, no todo fue un error.

Al final, poco a poco, comprendió que no podía huir de su historia. Aceptó que vivir no significa borrar el pasado, sino aceptar las lecciones que éste le había dado.

SOMBRA DE AMOR EN SAN PETERSBURGO

Danitza Tais Peralta Ramírez

San Petersburgo, 1875. La ciudad resplandecía bajo el manto blanco de la nieve, como una joya fría y distante. Para Anastasia Volkov, la vida parecía ser una serie de decisiones ya tomadas, un camino marcado por su apellido y las expectativas de su familia. A sus diecisiete años, su destino estaba sellado: debía casarse con el príncipe Konstantin, un noble respetable elegido por su padre para consolidar el poder de la familia Volkov en la corte. Anastasia no podía dejar de sentir que su vida no le pertenecía, que el amor no formaba parte de su futuro.

Las tardes que antes dedicaba a leer y pasear por los jardines del palacio se convirtieron en momentos de reflexión y lucha interna. Anastasia no amaba a Konstantin. No sentía nada por él, pero su padre insistía en que debían casarse por el bien de la familia. Su vida

había sido trazada por otros y el amor parecía un lujo que no se podía permitir.

Fue durante uno de sus paseos por las orillas del río Neva cuando conoció a Dmitri. El joven no parecía encajar en el mundo de los nobles. Su ropa era modesta, su comportamiento tranquilo y libre de las máscaras que los aristócratas llevaban. Un día, al verlo cerca del palacio, Anastasia decidió acercarse.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, algo intrigada por su presencia en ese lugar.

—Solo estoy paseando. La ciudad es más tranquila cuando te alejas de la pompa del palacio —respondió Dmitri con una sonrisa.

—Soy Anastasia Volkov —se presentó— y no creo que alguien como tú deba estar aquí. Este es el mundo de los nobles.

—Quizás —dijo él sin mucha preocupación— pero las apariencias pueden engañar.

Las conversaciones entre ellos se hicieron cada vez más frecuentes y, aunque Dmitri no hablaba mucho de sí mismo, Anastasia sentía que con él podía ser quien realmente era, hablar

sin filtros y compartir sus deseos de escapar de un destino que no había elegido.

A medida que los días pasaban, su atracción por Dmitri se volvía más evidente. Había algo en él que la hacía sentirse viva, algo que el rígido protocolo de la corte no podía ofrecerle. Pero había un obstáculo. El destino de Anastasia estaba en manos de su padre y su matrimonio con Konstantin se acercaba.

Un día, mientras caminaban por un rincón apartado del palacio, Dmitri la miró con una expresión seria.

—Anastasia, hay algo que debes saber. No soy quien piensas que soy.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella desconcertada.

—Soy... alguien que no encaja en este mundo —dijo Dmitri, sin dar más detalles—. No quiero que me veas solo como lo que soy.

Anastasia frunció el ceño, pero no insistió. Dmitri siempre había sido un enigma y su forma de hablar la dejaba con más dudas que respuestas. No obstante, no pudo evitar sentirse aún más atraída por él.

Las semanas siguientes fueron una tortura para Anastasia. Mientras se acercaba la fecha de su boda con Konstantin, el joven noble seguía rondando sus pensamientos. La atracción por Dmitri la consumía, pero su vida ya estaba decidida. Debía casarse con Konstantin, sin importar lo que sentía.

El día de su boda Anastasia se encontraba en el alta, rodeada de la nobleza con la mirada fija en el príncipe Konstantin, pero su mente estaba lejos. Su corazón latía por Dmitri y su cuerpo parecía rebelarse contra el destino que le habían impuesto. En ese momento, algo dentro de ella estalló. No podía seguir con esta farsa, no podía seguir casándose con un hombre que no amaba.

De repente, en medio de la ceremonia, vio una figura familiar en la puerta de la iglesia. Dmitri. Pero algo era diferente. Llevaba una capa con detalles dorados y un aire misterioso. Su mirada se cruzó con la de Anastasia y, por un instante, todo lo demás desapareció.

Sin pensarlo, Anastasia abandonó el altar, corrió hacia él y, en un susurro, le preguntó:

— ¿Quién eres realmente? ¿Por qué no me lo dijiste?

Dmitri la miró fijamente con rostro serio.

—Soy hijo del zar —confesó con una gravedad que la dejó sin aliento—, pero no quiero que me veas por mi título. Vine aquí porque no podía vivir bajo las expectativas de mi apellido. Te vi y... me sentí libre.

El corazón de Anastasia se detuvo. El hombre que amaba, el joven de quien se había enamorado, era nada menos que el hijo del zar. Durante todo ese tiempo él había mantenido su identidad oculta sin querer que ella lo viera como alguien distinto. Pero ahora, en ese momento crucial, todo estaba claro.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó ella, con una mezcla de sorpresa y confusión.

—No quería que me eligieras por mi posición —respondió Dmitri—. Quiero que me elijas por lo que soy.

Anastasia estaba atónita. Todo su mundo acababa de cambiar, pero no había tiempo para pensar. Su padre, que había sido testigo de la huida de su hija, se acercó con la furia reflejada en su rostro.

—¿Qué estás haciendo, Anastasia? ¡Estás rompiendo todo lo que hemos trabajado por años! —gritó el padre.

Pero en ese instante algo inesperado ocurrió. El zar, viendo la determinación de Anastasia y reconociendo el amor entre ellos, dio un paso atrás.

—Si lo que deseas es estar con él —dijo con una sonrisa— entonces cástate con él.

Konstantin, al ver que su matrimonio con Anastasia se desmoronaba, se retiró en silencio, dejando a la joven frente a su verdadero amor. El zar, aunque no lo había planeado, entendió que el destino de su hija no podía ser dictado por el protocolo. La joven debía ser libre de elegir.

Anastasia, finalmente, respiró aliviada.

—Me casaré con él —dijo con firmeza, mirando a Dmitri. El amor que sentía por él había superado todas las barreras, incluso las del poder.

Y así, bajo el cielo de San Petersburgo, entre la nieve y los palacios, Anastasia y Dmitri, el hijo del zar, comenzaron un nuevo capítulo en sus vidas.

ANTÍDOTO Y VENENO

Luana Aleshka Cervantes
Huaylinos

El amor siempre ha sido un concepto confuso para mí. En mi juventud creí que era la respuesta a todo, una fuerza mágica que podía sanar cualquier herida. Pero cuando lo viví supe que también tiene su lado oscuro. Recuerdo aquella vez que me entregué por completo a alguien pensando que encontraría el equilibrio. En lugar de eso me hizo dudar de todo lo que había creído.

Sin embargo, con el tiempo, descubrí que el amor no siempre es el mismo. Aprendí que también puede ser un refugio, una chispa de luz en medio de la oscuridad. Cuando menos lo esperaba, alguien llegó a mi vida y me mostró que el amor no tiene que doler. Es compasión, es entender y ser entendido. El amor puede ser

sanador, puede elevarte, puede hacerte sentir más vivo que nunca.

Así, el amor para mí se convirtió en una dualidad. Lo he experimentado como un peso y como una liberación, pero al final entendí que, aunque es impredecible, también es lo que nos da la fuerza para seguir adelante.

LAS PALOMAS QUE SUELO MIRAR

Silvia Eva Agosto Riera

«Solo te pido que tú quieras
las palomas que suelo mirar».

Pablo Milanés

A principios del año 1991 sonaban en la radio Phil Collins, Madonna y Roxette, pero yo prefería escuchar a Silvio Rodríguez y a Pablo Milanés. Cuando iba en el coche con mis hermanas disfrutaba de Serrat o de Sabina y si por casualidad me encontraba con mis amigas del colegio, cambiaba la emisora para que no descubrieran mi secreto.

Cuando llegaba el verano me resultaba más difícil ocultar mis gustos porque todas mis amigas querían ir a las discotecas y yo no conocía ninguna canción de las que pasaban entonces.

— Esta noche vienes a bailar sí o sí, Valeria —
me dijo una tarde Cecilia, una de las chicas de

la pandilla—. No puedes quedarte, que viene Carla a vernos.

—Claro que voy —le dije fingiendo entusiasmo. Y me metí en la habitación a pedir consejo a mis hermanas para ver cómo podía desechar la invitación.

—No tienes ninguna excusa válida, tienes que ir —sentenciaron las dos brujas que, más que hermanas, parecían las hermanastras de Cenicienta... Así que, con resignación, me puse a buscar algo bonito para ponerme.

A la una nos encontramos en la puerta de la discoteca. Nos abrazamos con Carla, después de meses sin vernos, y nos fuimos con todo el grupo para determinar qué tal era «la onda» del lugar. Hacía calor, yo odiaba el humo y mucha gente fumaba. La música estridente (y casi desconocida para mí) estaba tan alta que no dejaba escuchar nada de lo que contaba mi amiga sobre su estancia en Estados Unidos, donde se había ido con una beca de intercambio.

—El colegio es muy diferente —creí entender que decía—. Hay clases de cocina, por ejemplo.

Mientras hacíamos esfuerzos sobrehumanos por escucharnos, se acercaron dos chicos y nos sacaron a bailar. Carla dijo que sí, entonces no

me quedó más remedio que aceptar, porque odiaba quedarme sola, con el olor a cigarrillo y el aburrimiento eterno.

Matías era muy simpático, estudiaba ingeniería y quería comprarse un coche. Yo oculté mis gustos musicales y le seguí la corriente mientras hablaba de The Police y otro grupo del que nunca había oído nada.

—Valeria, tenemos que irnos. Martina se siente mal —me dijo Andrea. Así que me despedí de Matías y lo dejé solo en la pista.

Estábamos esperando un taxi, cuando vi en la puerta a este chico, que se acercó y me dijo:

—¿A qué playa vas? ¿Nos vemos mañana?

Y Carla le contestó:

—A la de los médanos, claro que nos vemos.

Al día siguiente llovió, se cortó la luz en toda la localidad costera y se inundaron varias calles. El temporal duró tres jornadas completas, pero al cuarto día salió el sol y fuimos a la playa. Llevamos bocadillos y bebidas para quedarnos a comer y ver el atardecer, después de tanto encierro obligado. A las pocas horas de llegar, escuché que alguien me llamaba:

—¿Valeria?

Me di vuelta y vi a Matías, vestido con camisa y vaqueros.

—Hola. ¡Qué suerte que te encuentro! Me voy hoy a casa, pero quería dejarte mi teléfono. Espero que nos veamos cuando vuelvas ¿Me das tu número? —preguntó, extendiendo un bolígrafo y un papelito.

Yo no pude ni abrir la boca, escribí el teléfono y Matías se fue. Mis hermanas y mis amigas empezaron a aplaudir, yo estaba roja como un tomate y no supe muy bien qué decir. Pensé que pasarían los días y no me llamaría... Pero no fue así. Al finalizar las vacaciones, ya de regreso a casa, recibí la llamada y una invitación al cine. Del cine pasamos a un restaurante, de ahí a una cafetería y finalmente empezamos a ser novios. Un día me pidió que organizáramos una salida entre una amiga mía y Gonzalo, un amigo suyo. Se me ocurrió que a Elisa podía gustarle ese chico y, efectivamente, a los pocos días empezaron a noviar.

Matías era simpático, inteligente, amable. Estudiaba, tenía planes y proyectos... Pero había algo en él que no me terminaba de dar la confianza suficiente para contarle sobre mi

verdadero yo, sobre la música que me gustaba. Pero no era solo la música. Eran mis sueños, mis intereses. No me gustaba mucho arreglarme ni hablar de las tonterías que hablaban las novias de sus amigos. No me interesaba que tuviera coche, que parecía ser una gran ambición para un estudiante universitario... Yo quería algo más que estudiar, trabajar y progresar. Buscaba formar parte de una causa importante, aportar algo a la sociedad.

A los seis meses, intenté abrir mi corazón:

—Matías, creo que lo nuestro no funciona. No sé cómo explicarte... Parafraseando a Pablo Milanés, no miramos las mismas palomas.

No sé si herí su orgullo, pero no respondió. Se levantó de la mesa del bar y se fue. Nunca más me llamó.

Unos días más tarde, me encontré con Elisa, que me recriminó por mi actitud.

—Valeria, estuve hablando con Gonzalo. Matías está super deprimido. Además, no entiende nada de lo que le dijiste.

—¿A qué te referís, Elisa?

—Me comentó algo de unas palomas... ¿Lo dejaste porque no le gustan las palomas?

NOSTALGIA

Vannia Fernanda Valdiviezo
Murillo

Cada noche, cuando la ciudad se sumía en el silencio, Carla se recostaba en su cama y cerraba los ojos esperando que el cansancio la arrullara. Pero casi siempre la nostalgia llegaba primero. Era una sensación suave, como una brisa cálida, pero que la envolvía por completo. Pensaba en su familia, en su abuela, cuya risa cálida llenaba la casa de la infancia.

Recordaba las cenas familiares, las risas, el aroma de la comida casera que su abuela siempre preparaba. Y, a veces, cuando el reloj marcaba la medianoche, podía casi oír las voces de sus seres queridos como si aún estuvieran cerca, como si la distancia entre su nuevo hogar en el extranjero y su pueblo natal fuera solo una ilusión.

Carla había dejado todo atrás en busca de nuevos horizontes, pero por las noches los recuerdos volvían a ella más fuertes que nunca. La nostalgia se mezclaba con la quietud de la habitación y, aunque sabía que su familia la apoyaba, no podía evitar sentir el vacío que dejaba su ausencia.

Así pasaban las noches, entre recuerdos y susurros de amor a la distancia. Sabía que, aunque estuvieran lejos, la nostalgia nunca la abandonaría, pero también entendía que esos recuerdos eran lo que la mantenían conectada con todo lo que había amado y perdido.

EL MEJOR DÍA

Annabella Carolina Cestari
Delgado

Me levanto un treinta de enero con entusiasmo, a mí me encanta el anime y estaba esperando con ansia este día. Me pongo una camisa de una de mis series favoritas que se llama «Los siete pecados capitales», aunque me lo pienso mejor y me pongo la camisa de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis»... ¿Y por qué? Pues porque hoy, treinta de enero, se estrena en Netflix su segunda temporada.

¡Qué ganas de verla! Aunque tendré que esperar a la tarde, porque ahora tengo que ir al instituto... ¡Qué pena!, ya se me hace la hora, mejor iré al insti y después por la tarde me la pasaré genial.

Antes de salir, mi hermano y yo nos despedimos de nuestro perrito que se llama Yuky, un bulldog francés con la cabecita negra como la noche y una parte del hocico blanca, al igual que su cuerpecito. Yuky me esperará y veremos la serie juntos.

Al salir de casa acompaño a mi hermano al colegio, que está en la acera de enfrente. ¡Fíjate que suerte! Después camino hasta la parada del bus para cogerlo. Cuando me deja en Arroyo de La Vega camino un poco más hasta llegar a clase.

Mi instituto es grande, con cuatro enormes edificios de color carmesí, como un rubí, o eso me gusta pensar a mí. Tiene un gimnasio que no es muy grande, pero es acogedor. Mis profes son bastantes amables y los queremos mucho... ¡Y cómo no! No nos podemos olvidar de nuestra directora, que es muy maja y amable. Todo es bonito, pero no me quito de la cabeza mi serie.

Al terminar mis clases, me dirijo a la parada de bus para ir devuelta a casa. Al llegar, abro la puerta de la cocina y Yuky estaba ahí. Miro el salón y veo que hizo algún que otro desastre, pero nada tan malo.

Cuando termino de servirle la comida a Yuky, me siento en la mesa y me como mi plato de pollo con arroz que mi madre me dejó... ¡Humm! ¡RIQUÍSIMO!

Después de comer y poner los platos en su sitio me voy a la sala, me siento en el sofá y enciendo la tele. ¡Llegó el momento! Me

pongo a ver Netflix, la segunda temporada de «Los cuatro Jinetes del Apocalipsis». ¡Qué serie tan interesante! Trata de un mundo llamado Britania donde hay un reino con caballeros y, por supuesto magia, mucha magia y también combates súper épicos y asombrosos y sus personajes, que nos enseñan valores como a no rendirse nunca.

Yuky está a mi lado y me acompaña en silencio. Parece que también disfruta conmigo... Los diseños de los personajes me encantan, son guapísimos. Después de ver como unos cinco episodios apago la tele y me voy a mi habitación para dormir. Yuky está en la puerta, parece que quiere seguir viendo la serie. Pero yo reservo unos capítulos para mañana, esperando a que el día sea igual de bueno y divertido como el de hoy.

EL SUSURRO EN LA OSCURIDAD

Ainhara Mateo Pascual

Ana llevaba meses viviendo sola en su nuevo apartamento. Disfrutaba de la tranquilidad, pero esa noche la calma era solo aparente. Mientras leía un libro en su sillón favorito dieron las doce. Un ruido suave la hizo levantar la vista. Se trataba de un crujido, como si alguien caminara sobre madera vieja... Pero su apartamento tenía piso de cerámica.

Se obligó a pensar que era la estructura del edificio que se estaba acomodando y este razonamiento la calmó. Sin embargo, el sonido se repitió más fuerte y esta vez venía del pasillo que conectaba la sala con su habitación.

Decidió investigar. Con la linterna de su móvil encendida caminó lentamente hacia el pasillo. Cada uno de sus pasos resonaba en el silencio y podía oír su corazón acelerarse. Al llegar al umbral sintió una corriente de aire frío que le erizó la piel.

La puerta de su habitación estaba entreabierta, algo que no recordaba haber hecho. Respirando hondo la empujó completamente. Todo parecía en orden excepto por una cosa: su ventana, cerrada con seguro desde la tarde, ahora estaba abierta de par en par. Se acercó para cerrarla, tratando de convencerse de que simplemente lo había olvidado, pero cuando puso las manos sobre el marco, escuchó un susurro, apenas audible, justo detrás de ella:

—No estás sola.

Ana giró un instante, con el corazón latiéndole con fuerza. No había nadie en la habitación. La linterna de su móvil iluminaba los rincones más oscuros, pero todo parecía normal.

Intentando calmarse, cerró la ventana y volvió a la sala. Se sentó, abrazando una manta para calmar los temblores que no podía controlar. Mientras miraba fijamente la puerta del pasillo notó algo que la hizo congelarse: la luz del baño estaba encendida. Ella no la había dejado así.

Un ruido detrás de su espalda la sacó de su trance; un golpe sordo, como si algo hubiera

caído al suelo. Con la garganta seca y las manos temblorosas tomó el cuchillo más grande de la cocina y se acercó al baño.

— ¿Quién está ahí? — preguntó con un hilo de voz.

No hubo respuesta. Lentamente, empujó la puerta del baño con la punta del cuchillo. La luz era cegadora entre tanta oscuridad. El baño estaba vacío, pero en el espejo había algo que no estaba allí antes, una palabra escrita con letras torpes, como trazadas con un dedo húmedo: «Corre».

En ese momento, las luces del apartamento se apagaron y no se volvió a saber nada más de Ana.

LAURA Y EL MAR

Daniel Valdeavero Parra

En un pequeño pueblo costero, donde las olas rompían suavemente contra las rocas y el aire tenía ese aroma salino tan característico, vivía Laura, una joven que había crecido entre los susurros del mar. Su abuelo, un marinero retirado, le contaba historias sobre el océano y las criaturas misteriosas que habitaban en sus profundidades. Decía que el mar guardaba secretos antiguos, que solo aquellos valientes que se atrevían a escuchar en silencio podían descubrir.

Una tarde, mientras caminaba por la orilla, Laura vio algo extraño: una luz tenue y parpadeante que emergía del agua. Sin pensarlo, se acercó y, justo cuando sus dedos tocaban la superficie del agua, un brillo dorado se extendió por sus manos, como si el mar le estuviera transmitiendo algo. Cerró los ojos y, en ese instante, oyó una melodía lejana, tan hermosa como desconocida.

Al abrir los ojos, vio una figura esbelta, de cabellera plateada, que la observaba desde las profundidades del océano. La criatura la sonrió y, con una voz suave como el viento, le dijo: «Has escuchado nuestra canción, ahora debes ayudarnos a liberarnos».

Laura, sin entender completamente lo que sucedía, sintió que algo dentro de ella respondía a ese llamado. Estaba dispuesta a hacer todo lo necesario para descubrir el misterio del mar y liberar a aquellos seres de las sombras que los retenían.

A partir de ese día, el mar no volvió a ser el mismo para Laura. Cada atardecer, cuando las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, ella se sentaba en la orilla y escuchaba atentamente, sabiendo que, en algún lugar profundo y oculto, un secreto aún esperaba ser revelado.

EL ELEGIDO

José Marcelo Peña Yépez

Lo eligió el destino. Nació en el bajo mundo, no tuvo familia y se crio solo en la calle. A los seis años, paseando por el bosque, se encontró con un ermitaño que lo educó y le enseñó a sobrevivir en la Naturaleza y en la ciudad. Le transmitió valores como la responsabilidad, el cariño, la amabilidad y, poco a poco, se transformó en un joven comprensivo y educado.

Siempre se preguntó por su origen y, cuando el ermitaño murió, decidió emprender un viaje para encontrar respuestas.

Yendo de pueblo en pueblo, descubrió el motivo por el que fue abandonado al nacer: una norma del rey, dictada veinte años atrás, ordenó asesinar a todos los ciudadanos de su pueblo para aplacar una rebelión contra su poder. Sus padres prefirieron dejarlo en un rincón de la

ciudad con la esperanza de que alguna familia lo acogiera.

Al darse cuenta, el joven tomó la decisión de hacer justicia y comenzó a prepararse meticulosamente. Los años de enseñanza del ermitaño no fueron en vano; sabía que la venganza ciega solo traería más dolor al reino.

Durante meses, viajó por las aldeas reuniendo testimonios de las familias afectadas por aquella cruel orden. Cada historia que escuchaba fortalecía su determinación, pero también le enseñaba sobre el verdadero significado de la justicia. No buscaba venganza, sino cambiar el sistema que había permitido tal atrocidad.

Usando las habilidades de supervivencia y astucia que había aprendido, logró infiltrarse en el castillo como un simple sirviente. Allí descubrió que el viejo rey había fallecido años atrás y su hijo, quien apenas era un niño cuando se dio la orden, ahora gobernaba con remordimiento por los pecados de su padre.

Una noche, durante una audiencia privada que logró conseguir, el joven presentó ante el nuevo rey todos los testimonios recopilados. En vez de buscar venganza, propuso un plan para reparar el daño: crear un sistema de ayuda para las familias afectadas y establecer leyes que impidieran que tales masacres volvieran a ocurrir.

El nuevo rey, conmovido por la sabiduría y compasión del joven, no solo aceptó su propuesta, sino que lo nombró consejero real. Juntos trabajaron para sanar las heridas del pasado y construir un reino más justo.

Años después, cuando le preguntaban por qué no había buscado venganza, el joven, ahora un respetado consejero, respondía: «El ermitaño me enseñó que la verdadera justicia no está en devolver el dolor, sino en asegurarse de que nadie más tenga que sufrirlo».

LA ESTATUA DE LOS SECRETOS

Darío Deyben Moreno Alfonso

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de montañas, un bosque oscuro y misterioso conocido como el Bosque de los Susurros. Nadie se atrevía a entrar en él, ya que se decía que las voces de los árboles y las piedras hablaban entre sí y quien las escuchara quedaba atrapado en sus ecos para siempre.

Una tarde, una joven llamada Clara decidió desafiar las historias que había escuchado toda su vida. Curiosa y valiente, se adentró en el bosque buscando respuestas. A medida que caminaba, el sol se escondía detrás de las copas de los árboles y el aire se volvía más fresco. De repente, Clara escuchó un leve susurro:

— ¿Por qué has venido, niña?

Clara, sorprendida, miró alrededor, pero no vio a nadie y continuó su camino, decidida a descubrir el origen de esos susurros. A medida que avanzaba, las voces se volvían más claras y

cercanas. Eran las voces de los árboles, las rocas y hasta del viento.

– No todos los secretos deben ser desvelados – susurró una hoja que voló cerca de ella.

Pero Clara no se detuvo. Finalmente, llegó a un claro donde una antigua estatua de piedra de un ser humanoide con ojos cerrados estaba rodeada por un círculo de rocas.

– Aquí estamos – dijo la estatua, con una voz grave que provenía de todas partes a la vez –. Somos los guardianes del bosque y el bosque es el guardián de los recuerdos perdidos. ¿Quieres saber lo que has venido a buscar?

Clara, aunque un poco asustada, se acercó y asintió. La estatua abrió lentamente los ojos, y en ese mismo instante, el suelo comenzó a temblar ligeramente. Las voces de la naturaleza comenzaron a fusionarse en una melodía suave, como si todos los elementos del bosque estuvieran contando su propia historia.

– Te daremos lo que buscas, pero, a cambio, debes recordar que los secretos pueden ser más poderosos que el conocimiento – advirtió la estatua.

Clara cerró los ojos y, por un instante, se sintió transportada a otra época. Vio imágenes de su familia, de momentos felices y tristes, de decisiones que había tomado sin saber las consecuencias.

Clara, con los ojos cerrados, sintió como si el bosque respirara junto con ella. Las imágenes que veía eran cada vez más nítidas. Recordaba a su madre, a su padre y a una vieja caja de madera que siempre permanecía cerrada en el ático de su casa. También vio algo que jamás había presenciado antes: una discusión entre sus padres sobre esa misma caja.

—No debe saberlo... nunca —escuchó decir a su madre con firmeza.

Clara abrió los ojos de golpe. Su corazón latía con fuerza. ¿Qué era ese secreto que sus padres habían escondido? La estatua, con sus ojos ahora brillantes como el fuego, habló de nuevo:

—Ahora lo entiendes, Clara. Los recuerdos olvidados siempre buscan regresar. Si eliges saber más, no habrá vuelta atrás.

Clara apretó los puños. Sabía que el bosque estaba dándole una elección. Si seguía adelante, podría desenterrar verdades que cambiarían su

vida para siempre. Pero su curiosidad era más fuerte que el miedo.

—Quiero saberlo — dijo con voz temblorosa, pero decidida.

La estatua asintió lentamente y el círculo de rocas alrededor comenzó a brillar. De repente, Clara fue envuelta en una luz cálida y cegadora. Cuando volvió a abrir los ojos, ya no estaba en el bosque. Estaba en el ático de su casa, frente a la caja de madera. Sus manos temblaron mientras quitaba el candado. Dentro encontró un montón de cartas viejas y un pequeño colgante en forma de luna.

Con cada carta que leía, Clara descubría una verdad que nunca imaginó: su madre había tenido otra familia antes de conocer a su padre, una familia que había dejado atrás después de una tragedia. El colgante pertenecía a una niña que nunca conoció, pero que ahora sabía que había sido su medio hermana. Su madre había guardado todo eso en silencio, temiendo que la verdad destruyera la nueva vida que había construido.

Las lágrimas de Clara caían sobre las cartas. Ahora entendía la advertencia del bosque: saber la verdad tenía un precio. Quería correr a

enfrentarse a su madre, pero también sentía un profundo peso en su pecho. ¿Qué debía hacer con lo que sabía ahora?

—Recuerda, Clara —resonó la voz del bosque en su mente—. El poder del conocimiento está en cómo decides usarlo.

Clara respiró profundamente y cerró la caja. Sabía que tenía que hablar con su madre, pero también entendía que lo más importante era acercarse a esa verdad con amor y empatía. Quizás el bosque no la había llevado allí solo para descubrir el pasado, sino para enseñarle que la comprensión y el perdón son las claves para sanar las heridas de cualquier secreto.

Clara permaneció sentada en el ático durante horas con la caja de madera a su lado. Las cartas habían revelado más de lo que esperaba, pero también le habían dejado una pregunta que pesaba en su corazón: ¿cómo enfrentaría a su madre sin hierirla?

Al día siguiente, Clara esperó a que su madre estuviera sola en la cocina. Entró, sosteniendo el colgante en forma de luna en su mano. Su madre, al verlo, palideció.

—¿Dónde encontraste eso? —preguntó con la voz quebrada.

—En el ático —respondió Clara suavemente—. Y las cartas también.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. Por un momento, pareció que iba a negar todo, pero luego se dejó caer en una silla, derrotada por el peso de tantos años de silencio.

—Nunca quise que lo supieras... no porque no confíe en ti, sino porque no sabía cómo contarlo — susurró.

Clara se sentó frente a ella y tomó su mano.

—Mamá, he aprendido algo importante: los secretos crecen cuando los escondemos, pero si los compartimos con amor, podemos sanarlos juntos. Cuéntame, estoy lista para escucharlo.

Entonces, su madre le contó toda la historia. Antes de conocer al padre de Clara, había tenido una hija llamada Sofía. Durante una tormenta, Sofía había caído en un río y, aunque todos intentaron salvarla, la corriente arrastró. La culpa y el dolor habían llevado a su madre a dejar atrás su antigua vida, esperando empezar de nuevo. Sin embargo, el recuerdo de Sofía siempre había estado con ella, guardado en esas cartas y en el colgante.

Clara escuchó con atención, sin juzgar, dejando que su madre llorara y compartiera su dolor. Cuando terminó, Clara la abrazó con fuerza.

—Mamá, Sofía siempre será parte de ti y, ahora, también de mí. No tienes que seguir guardando este peso sola.

Esa noche, madre e hija colocaron el colgante en un pequeño altar en el jardín rodeado de flores. Era su forma de honrar a Sofía y de liberar el peso del secreto.

Sin embargo, Clara sentía que su viaje no estaba completo. Una noche, regresó al Bosque de los Susurros buscando la estatua. Cuando llegó al claro, la encontró esperando.

—Has hecho lo que debía hacerse —dijo la estatua, su voz más suave esta vez—. Los secretos son cadenas que atan los corazones. Liberarlos con amor abre caminos hacia el perdón y la paz.

Clara sonrió.

—Gracias por confiar en mí, bosque. Ahora entiendo por qué me trajiste aquí.

La estatua asintió y, con un susurro final, el bosque comenzó a brillar con una luz dorada. Clara sintió que el lugar estaba más vivo que nunca. Al salir del bosque, supo que nunca más tendría miedo de los secretos, porque entendía que enfrentarlos con valentía y amor era el verdadero camino hacia la libertad.

* * *

El Fin

El cuento termina con una poderosa lección: los secretos y el dolor no deben ser enterrados, sino enfrentados con amor y comprensión. Solo así podemos sanar, liberar a los demás, y a nosotros mismos, y encontrar paz. Clara no solo desentierra la verdad de su familia, sino que aprende que los recuerdos, incluso los más dolorosos, pueden ser una fuente de fortaleza y conexión si se comparten desde el corazón.